

Jordi Pigem (Parte III): “La buena ciencia nos lleva a darnos cuenta de que el mundo no es una máquina, sino un prodigio de vida y de conciencia”



XISELA FRANCO /

Esta es la tercera y última entrevista que realizo a Jordi para eXtramuros, esta vez al hilo de “Conciencia o colapso”, el libro que cierra la trilogía que comenzó con “Pandemia y posverdad”, y continuó con “Técnica y totalitarismo”, entrevistas que hemos publicado acompañadas de varios capítulos de cada libro para acercarnos a su pensamiento a través de su propia escritura.

Filósofo y escritor, Jordi Pigem es pionero a nivel internacional en el estudio y divulgación del nuevo paradigma científico. Doctor en Filosofía por la UB, dedicó su tesis al célebre filósofo Raimon Panikkar con quien colaboró en los años 90 y de quien recientemente editó, tradujo y prologó *Ecosofía. La sabiduría de la tierra* (2021). Su pensamiento nace de la confluencia entre conocimiento científico (psicología, neurociencia, sociología de las nuevas tecnologías, historia de la ciencia) y humanismo (filosofía, literatura, poesía) y asoma como una isla de lucidez necesaria en medio de la confusión reinante. Desde su primer libro, *La odisea de occidente* (1994), ha publicado una veintena de ensayos entre los que destacan *Buena crisis* (2009), *GPS. Valores para un*

mundo en transformación (2011). *La nueva realidad* (2013), *Inteligencia vital* (2016) y *Ángeles o Robots* (2018), textos en los que reflexiona sobre la relación entre las tecnologías digitales y el ser humano, o las contradicciones de la economía contemporánea, y nos propone estrategias para un inexcusable cambio de visión que permita entender y superar las diversas crisis que afrontamos.

Recomendamos leer las dos anteriores:

Entrevista I. [Aquí](#).

Fragmento de *Pandemia y posverdad*. (2021) [Aquí](#).

Entrevista II. [Aquí](#).

Fragmento de *Técnica y totalitarismo* (2023). [Aquí](#).

PENINSULAe

Mientras escribo esta introducción me llegan unas fotos de la helada mañana de invierno uruguaya. Es verano aquí en el sur del hemisferio norte, desde donde nuevamente me comunico con Jordi, yo en Galicia, él en Cataluña. La conversación con este prolífico escritor, analista de los males de la modernidad, tras tres entrevistas cómplices que se cierran con ésta, nos lleva sin rodeos al elefante en la habitación. Hablamos de que estamos en un momento de la humanidad siniestro, donde reina la confusión y todo se precipita no sabemos exactamente hacia dónde, como si estuviéramos a las puertas de un salto decisivo. De todos los colapsos posibles, incluido el ecológico, a Jordi el que más le preocupa es el epistémico, lo que él denomina "colapso cognitivo". Todavía tengo fresca la lectura de *Conciencia o colapso* (Fragmenta, 2024), que solicita lápiz en mano para subrayar a cada paso citas o reflexiones sugerentes. Su riqueza se despliega de forma rizomática y nos invita a saltar cada poco a las fuentes y notas que se despliegan al final como un libro paralelo.

En verdad, ¿cuál es la finalidad última de la filosofía? Nietzsche llega a decir que es la intuición mística, que en el nivel más insondable de pensamiento aparece lo esotérico. Pero esa intuición honda que reconoce el filósofo-poeta

que mató a Dios debe al fin lanzarnos a la vida: "quien ha pensado lo más profundo ama lo más viviente", dijo Hölderlin, u Ortega con su raciovitalismo nos invita a "recuperar la vida espontánea". Goethe sentía devoción por la vida, la naturaleza, que está en continuo movimiento, y propone aproximarnos a ella desde una "razón intuitiva". Desde la psicología humanista Abraham Maslow nos habla de que las personas autorrealizadas son seres con personalidades espontáneas, cuya "mente fluyente" genera ideas genuinas. Fluir como el agua, vibrar con la vida, crear, acercarse al Ser. Abrirnos a la conexión con la vida en el aquí y el ahora, con gratitud. Como afirma el Tao: "*la más alta bondad es como el agua*".

Pigem nos ayuda a orientarnos más allá de la confusión y el relativismo actual, y para apoyar su visión cita a numerosos autores de Oriente a Occidente. Especial atención dedica al psiquiatra y neurocientífico Iain McGilchrist (*The matter with things*. 2023) que establece dos modos de conocer básicos, que se corresponden con los dos hemisferios cerebrales, uno conectado con una visión del mundo algorítmica, el izquierdo, que estimulado conduce a la rigidez, al control, a la alienación, a la ira, y otro, el derecho, más holístico, que presta atención a las relaciones, al contexto, a la creatividad, a la búsqueda de la verdad y de la belleza. Pigem acusa a la mente algorítmica de allanar el terreno para la tecnocracia actual, denuncia la lógica perversa de un mundo burocratizado, alienado, donde como subrayaron Horkheimer y Adorno la idea de progreso, el progreso como meta, nos ha llevado a perder la cabeza. Otro de los autores que enfatiza Pigem es el filósofo Giorgio Agamben que ya avisó hace tiempo de que se impone el estado de excepción como modelo de gestión, lo vemos en estas crisis detonadas a las que estamos asistiendo. La mente algorítmica, calculadora, que fragmenta, nos aleja del Ser, nos distancia del amor al todo y del prodigio de la existencia. Esa mirada rígida que potencia el hemisferio izquierdo no es capaz de admirar la magia de la naturaleza o asombrarse de

la grandeza del funcionamiento del cuerpo humano. Para una mente iluminada, como dice citando a Waldo Emerson, “*el mundo entero está encendido y destella luz*”. Leer a Jordi Pigem nos invita, tras detectar los problemas de un mundo enfermo, a luego pensar de manera optimista, creativa, consciente, como vía para realizar un cambio de paradigma que nos libre de este abismo tecnocrático.

Muchos nos hemos situado al inicio de la pandemia en una perplejidad que nos lanzó a investigar para tratar de comprender lo que estaba ocurriendo, desde la ciencia, la filosofía, la geopolítica, más allá de la propaganda mediática. Así acabé conociendo tus libros, o así di con esta revista uruguaya eXtramuros. Hay un autor que me resultó revelador que parte de la psicología de masas y utiliza el concepto de “hipnosis colectiva”, Mattias Desmet, profesor de psicología clínica en Bélgica, experto en estadística, que escribió *Psychology of totalitarianism* (2022), y que mencionas en *Conciencia o colapso*. ¿Qué te parece su análisis?

Coincidió con Desmet en un simposio en Portugal. Desmet dedica la última parte de su libro a la necesidad de superar la visión mecanicista del mundo que hoy impera en la ciencia y en todas partes. En eso coincidimos plenamente. Respecto a su noción de “formación de masas”, que él mismo ha descrito en ocasiones como una forma de hipnosis colectiva, efectivamente, algo hay de ello. Durante el covid vimos una renuncia al sentido común que era producto del pánico y la confusión deliberadamente infundidos (por ejemplo *A State of Fear* (2021), de Laura Dodsworth, documenta como el gobierno británico utilizó el miedo como arma para controlar a su propia población en esos años). Algo hay de hipnosis colectiva en el súbito cambio de la mayoría de la población, que de la noche a la mañana pasó de defender toda forma de libertad y autonomía a defender o exigir confinamientos, enmascaramientos, distanciamientos e

inoculaciones masivas con productos experimentales. En España, por ejemplo, algunos de los líderes más progresistas y asamblearios apoyaron las medidas más deshumanizadoras. Pero si se trata de una hipnosis colectiva, Desmet no nos da ninguna pista de quien es el hipnotizador. De hecho en su libro hay un capítulo titulado "Conspiracy and ideology", en el que se niega a ver premeditación alguna en pruebas que muchos hemos señalado (yo lo hago en *Pandemia y posverdad*), como el documento de 2010 de la Rockefeller Foundation, el Evento 201 celebrado en octubre de 2019 o el libro-manifiesto del Foro Económico Mundial, *Covid-19: The Great Reset*, un Reset que con toda probabilidad se empezó a concebir mucho antes de que nadie hablase de Covid-19. Desmet no solo desestima estas pruebas, sino que concluye, absurdamente a mi entender, que los líderes globales no planean nada y se limitan a dar a la gente lo que la gente quiere. Ahí Desmet parece que quiere forzar a la realidad para que encaje con su teoría. O acaso es víctima de la misma hipnosis colectiva que describe.

Publicas un capítulo en el recientemente editado libro *La tiranía del bien común: Pandemia, relato y otras amenazas*. (2024. [Aquí](#) una detallada reseña del libro) donde distintas voces especialistas, profesores, psicólogos, científicos, escriben sobre política sanitaria que a todos debiera importar. Hablan de ingeniería social, de tecnocracia, de transhumanismo. ¿Qué nos cuentas en tu ensayo?

Lo que ocurrió con el covid es el mayor escándalo de la historia de la salud pública y de la historia de la ciencia, y a muchos nos mostró cómo han cambiado las reglas del juego. Con una claridad inusitada, el poder supuestamente democrático se reveló como totalitarismo tecnocrático, que se orienta hacia el control y la burocratización de la vida y cuyo modelo de gestión preferido es el estado de excepción, como Giorgio Agamben llevaba dos décadas advirtiéndolo. Ante el desastre colectivo que se desplegó a partir

de 2020, en el que confluyen diversos tipos de crímenes contra la humanidad, toda reflexión colectiva es bienvenida. Mi ensayo en esta obra colectiva se titula *Un múltiple ataque a la condición humana*, que incluye el ataque a nuestro sentido de la realidad. Es como un ensayo preparatorio para lo que acabo explicando en *Conciencia o colapso*.

Lo cómodo estos años ha sido dejarse llevar por el miedo, la estupidez. Fue llamativo ver cómo se acusaba de conspiranoico a quien cuestionara una coma de las narrativas oficiales, vimos como se dejó de lado el sentido común o la humanidad más básica por ese simulacro de bien común.

La conciencia crítica ha caído en picado, y mucha gente todavía no se ha dado cuenta de cómo valores como el bien común, la diversidad, la igualdad y la sostenibilidad han sido corrompidos para convertirse en máscaras del totalitarismo tecnocrático y del tecnocapitalismo. Tenemos un nuevo totalitarismo disfrazado de bien común. Pero deberíamos saber desde hace décadas que las narrativas oficiales promovidas por los gobiernos y los grandes medios de comunicación no suelen tener mucho que ver con la realidad. La expresión "teorías de la conspiración" la usó ya la CIA (en 1967) para desacreditar a quienes no se creen la versión oficial del asesinato de John F. Kennedy. Porque se supone que nos hemos de creer que una bala única mató a Kennedy e hirió al gobernador Conally, entrando y saliendo de sus cuerpos por diversos lugares, causando media docena de heridas y cambiando de dirección en al menos cinco ocasiones. Es un relato inverosímil, que sería ridículo en una película o una novela. También se nos dice que el asesino de Kennedy actuaba por libre, cuando hay razones para creer que la CIA quería eliminarle, como argumenta por ejemplo su sobrino, Robert F. Kennedy, abogado ambientalista, enemigo de los grandes *lobbies* y hoy candidato a la presidencia de Estados Unidos, cuyo padre también fue asesinado en circunstancias no aclaradas.

Y sobre los atentados de 11 de septiembre de 2001 contra las torres gemelas del World Trade Center en los que murieron cerca de 3000 personas sabemos también se nos mintió, y sobre ese cúmulo de falsedades se justificó una inaceptable invasión de Irak con cientos de miles de muertos.

Sí, otra ficción inverosímil es la versión oficial de los atentados del 11 de septiembre de 2001: por ejemplo la Torre 7, con sus más de 200 metros de altura, se supone que se hundió sola. En *Conciencia o colapso* empiezo hablando de los ataques de falsa bandera, porque son un ejemplo clásico de *casus belli*, argumentos para iniciar o justificar una guerra, atribuyendo un ataque a alguien que no tiene nada que ver con ello. El poder actual, económico, político o el que sea, tiende a seleccionar para los cargos importantes a psicópatas. Tan psicópatas que se acaban creyendo sus propias mentiras.

¿No tienes la sensación de que las causas a las que nos remitimos para explicarnos el alcance global de la pandemia, o el éxito de las políticas deshumanizadas, remitiéndonos a la ingeniería social, a la industria farmacéutica, a la ciencia científicista, al materialismo, no son suficientes para entender el puzzle? Como si los motivos económicos, filosóficos, psicológicos, no demostraran la dimensión de lo ocurrido, que transcurre en otro nivel de realidad insondable.

Es evidente que actúan en el mundo fuerzas poderosas relacionadas con la codicia, y también con la maldad. Los nombres de Bill Gates, Rockefeller y Rotschild son ahí muy significativos. Pero no se trata solo de una élite de personas malvadas. Si estas personas desaparecieran, serían sustituidas por otras y nada apenas cambiaría. Hay algo más, una especie de confusión colectiva que nos arrastra hacia la deshumanización y el colapso. En

Pandemia y posverdad di algunos datos sobre las circunstancias que nos han llevado a esta situación. En general siento que a mí lo que me corresponde es presentar la evidencia, y dejar que el lector o lectora saque sus propias conclusiones. El tema del mal no es fácil de elucidar en un lenguaje preciso, y por eso en *Técnica o totalitarismo* recurro a una figura mitológica de reciente creación, el Sauron de J.R.R. Tolkien, para echar luz sobre las fuerzas de codicia y de maldad que se manifiestan en nuestros días. En *Conciencia o colapso* me centro en las fuerzas que nos impulsan hacia la confusión y la alienación, basándome entre otras fuentes en las monumentales investigaciones del filósofo y psiquiatra Iain McGilchrist y en lo que llamo la mente algorítmica (relacionada con el hemisferio izquierdo), que cuando se sale de su lugar y eclipsa a la mente holística (más propia del hemisferio derecho), como sucede hoy cada vez más, lleva hacia la alienación y la deshumanización.

Comienzas este libro *Conciencia y colapso* afirmando que “el mundo está *under a spell*, bajo un hechizo”. Y explicas qué clase de hechizo...

Una especie de hechizo nos hace creer que es aceptable, o incluso deseable, sustituir todo lo humano, vivo y espontáneo por lo programable, mecánico y controlable. El mundo ha ido tomando un rumbo que no nos lleva hacia donde se suponía que había de llevarnos el progreso. No vamos hacia un mundo de paz, justicia, bienestar personal, armonía social y celebración de la vida. Vamos hacia el incremento del control, de la cosificación y de la alienación: control de las personas y de la espontaneidad de la vida, vamos hacia la cosificación y mercantilización de toda realidad. Ese hechizo empieza en nuestra mente, en lo que llamo la mente algorítmica, que lo reduce todo a cifras y mecanismos y es por tanto incapaz de apreciar nada realmente vivo o humano.

Dame más ejemplos de este “hechizo algorítmico” que padece el mundo.

La biología molecular, por ejemplo, solo ve sustancias químicas y algoritmos mecánicos, pero no ve la vida, y como no la ve, no puede apreciarla. Este camino no nos lleva una vida más plena, sino a la falta de sentido y al colapso. Incrementa simultáneamente la cosificación de la realidad y la alienación de nuestra experiencia, cada vez más desconectada de los ritmos de la naturaleza, del arraigo en el lugar en que uno vive, del sentido de comunidad, de las prácticas colectivas que históricamente daban sentido a esa comunidad, desconectada de la conexión con la tierra, con el cielo y con la realidad intangible, *tao* o como quieras llamarla, que todas las grandes tradiciones sapienciales ven como fuente última de la realidad. En los últimos años, en un mundo cada vez más dominado por la tecnología también se acelera nuestra desconexión con la realidad inmediata en el Aquí y Ahora, porque se interponen cada vez más máquinas y pantallas. Nuestro contacto vital con la realidad es colonizado cada vez más por las pantallas y las membranas digitales que, como vidrios blindados, dan sensación de seguridad y dejan atisbar algo ahí afuera, pero impiden la plena presencia y sustituyen el latido de la vida por un simulacro.

Hace más de doscientos años, el joven Schelling explica que la mente moderna sufre una creciente caída en la alienación, que nos hace ver el mundo como algo inerte, puramente material y mecánico. La filosofía india describe desde hace milenios una rueda de insatisfacción existencial que denomina *samsara*. Hemos intentado vencer esa insatisfacción multiplicando el control, el consumo y la cosificación. Pero la insatisfacción no solo persiste, sino que se vuelve más intensa. La digitalización y el conjunto de las tecnologías contemporáneas nos llevan hacia un *hipersamsara*.

Fuiste profesor y coordinador del área de filosofía de unos estudios punteros, el Masters in Holistic Science en el Schumacher College (Inglaterra). ¿Cuál es el cambio principal que crees necesario en el sistema educativo científico universitario?

La causa última de los problemas del mundo contemporáneo es la alienación en la que hemos caído. Hemos desestimado la orientación que nos daban las grandes tradiciones sapienciales y espirituales y hemos caído en una visión reduccionista, mecanicista y materialista en la que la vida humana no tiene sentido, con lo que se genera un gran vacío existencial que intentamos paliar con el consumo y el control. En un mundo tan profundamente alienado, no es sorprendente que crezcan cada vez más los trastornos mentales y los suicidios.

En los libros de texto que hay en la educación secundaria y en la mayoría de universidades lo que nos muestran es un universo que pretendemos explicar de manera puramente mecánica, a base de átomos, moléculas y leyes de la física y la química. Implícitamente se acepta, y muchos científicos prestigiosos lo afirman explícitamente, que todo lo que sucede en el universo y en nuestra vida interior se puede reducir a física y química. Lo que da sentido a tu vida se puede reducir a psicología, la psicología se puede reducir a biología, la biología se puede reducir a química, y la química se acabará reduciendo a física. Un mundo no alienado no creería el relato materialista de la creación que en inglés se llama Big Bang y en castellano debería llamarse Gran Pum, ni creería que la vida evoluciona a través de un ciego mecanismo químico como son las mutaciones aleatorias. Este es nuestro credo, una ideología deshumanizadora que se construye con ladrillos de ciencia sobre un fundamento de alienación.

Es significativo que triunfe un autor como Yuval Noah Harari, historiador y

profesor en la Universidad Hebrea de Jerusalén, intelectual de éxito del presente.

Harari, cuya confusión analizo en *Técnica y totalitarismo*, dice explícitamente que los seres humanos no son más que algoritmos. Es algo profundamente deshumanizador. Harari se cree literalmente que toda vida no es más que algoritmos y que también los seres humanos somos algoritmos, y por eso afirma que vamos a ser desplazados por las máquinas, porque tienen algoritmos mejores. El mecanicismo y el reduccionismo, llevados al extremo, anulan el contacto vital con la realidad y generan ideas alienantes como las de Harari, que no por casualidad es el autor favorito del Foro Económico Mundial y de Obama, Zuckerberg y Gates. Harari habla de ciencia pero, sea por ingenuidad o por mala fe, la interpreta del modo que conviene a la tecnocracia. Todo el que no ha perdido el juicio, todo el que conserva un mínimo de contacto vital con la realidad, sabe perfectamente que lo importante en la existencia no puede reducirse a física y química. Los mejores científicos no solo son conscientes de ello, sino que es precisamente su sentido de asombro ante el mundo lo que les lleva a investigar y a descubrir.

En el Master in Holistic Science que pusimos en marcha en Schumacher College en 1998, con Brian Goodwin (matemático y biólogo prestigioso, que algunos llamaron el poeta de la biología teórica) y otro compañero, nos centrábamos en los muchos desarrollos de la ciencia de vanguardia, sobre todo en biología, pero también en física y otras disciplinas, que superan los enfoques reduccionistas y mecanicistas. El Master in Holistic Science sufrió algunas crisis, tuve que abandonarlo en 2003 y hoy ya no existe. Seguimos teniendo una enorme cantidad de conocimiento científico del más alto nivel que nos muestra que el mundo es un prodigio, que la vida es un prodigio, el universo es un prodigio, la existencia humana es un prodigio.

Dices que la visión posmaterialista actual no sirve para explicar la realidad. La propia teoría de la evolución está basada en la competencia y no hay espacio para la empatía en la selección natural.

Por más que el neodarwinismo se haya convertido en una visión materialista y desencantada de la vida, Darwin concluye el último párrafo de su obra principal, *El origen de las especies*, con un elogio de cómo la naturaleza crea "incesantemente las formas más bellas y maravillosas" (*endless forms most beautiful and most wonderful*). Lamentablemente, hoy día estas palabras no parecerían propias de un científico serio, porque la ciencia ha ido cayendo cada vez más en el reduccionismo, el materialismo y el mecanicismo. Y no hay prodigios en lo meramente mecánico. En la visión que luego se impone en la industria y en los libros de texto, todo parece reducirse a simples combinaciones de moléculas químicas. Darwin, que se maravilló ante las formas bellas y maravillosas de los pájaros y todo tipo de organismos que encontró en sus viajes, se llevaría las manos a la cabeza ante el modo en que hoy se intenta reducir la vida a química.

En sus últimos años, por cierto, Darwin se dedica al estudio de las plantas y en su último libro describe la capacidad de sensación que tienen las plantas y afirma que las raíces de una planta son comparables al cerebro de un animal simple. Lo explico en mi libro *Inteligencia vital* (2016). Darwin constata que en las plantas hay alguna forma de inteligencia. No usa directamente la palabra 'inteligencia', pero sí lo hace su colaborador George Romanes, que trabaja a partir de las anotaciones de Darwin, en su libro sobre la inteligencia animal, publicado en 1882. Ha tenido que transcurrir casi un siglo y medio para que el establishment científico empiece a reconocer la inteligencia de animales y plantas.

Explícanos un poco más, ¿a qué llamas inteligencia vital?

Cuanto más a fondo estudiamos las células del cuerpo humano, más sabemos que no son una fábrica, como se pensaba hace 40 años. Por más que tengan el mismo ADN, las células son todas únicas y se hallan en continua transformación. Y realizan reacciones químicas mucho más complejas y eficientes que las de cualquier fábrica. Un cuerpo humano adulto tiene unos 30 billones de células humanas, sin contar los billones de bacterias que viven en simbiosis con el cuerpo humano y son esenciales para procesos como la digestión. Esos 30 billones de células están sinfónicamente coordinadas, si tenemos un mínimo de salud. Y la mayoría de ellas son capaces de combinar millones de moléculas distintas para producir hasta 10.000 proteínas distintas, y lo hacen en silencio, sin generar contaminación, con la energía del metabolismo y a temperatura ambiente. En cambio, nosotros para fabricar acero necesitamos altísimas temperaturas, un gran consumo energético y generamos ruido y contaminación. La célula realiza procesos mucho más prodigiosos y eficaces en silencio. Si te preguntas qué es lo que guía a las células, te das cuenta de que no lo sabemos. Evidentemente no están guiadas por el cerebro, porque el cerebro, precisamente, no está hecho más que de células. ¿Qué las guía? Algo intangible, que yo llamo inteligencia vital, pero también es posible llamarlo con los términos de tu tradición sapiencial o espiritual favorita.

Es verdad que la ciencia no lo puede explicar todo.

Una conclusión de lo más avanzado de la ciencia contemporánea en todo tipo de disciplinas es que en el fondo de todo lo demostrable hay algo indemostrable. En el fondo de todo lo que queremos explicar hay algo inexplicable. Lo que Gödel demostró respecto a las matemáticas hace casi un siglo podemos extenderlo a tipo de disciplinas científicas. Si a un experto en

la materia que sea le vas preguntando "¿por qué?" y "¿por qué?", como haría un niño, llegará un momento en que reconocerá "no lo sabemos". Cuanto más crece la tierra firme del conocimiento, más se extiende todavía el océano de lo ignoto. La física contemporánea llega a la conclusión de que el 95% del universo es energía oscura y materia oscura, oscuras a nuestro conocimiento. Nuestro modelo del universo físico es cada vez más frágil, y este año han surgido nuevas confirmaciones de esa fragilidad.

La buena ciencia nos lleva a darnos cuenta de que el mundo no es una máquina, sino un prodigio de vida y de conciencia. Pero a día de hoy, lo que predomina en la investigación es lo que conviene al tecnocapitalismo y a la tecnocracia. Las experiencias cercanas a la muerte son una prueba demoledora de que el mundo no es una máquina sino un prodigio. Pero desde la ciencia institucional apenas se les da importancia.

He leído que ya hay medio centenar de hospitales en España que sí las recogen, está más aceptado que antes tratar de entender, analizar, monitorizar y dejar constancia de esas experiencias cuando un paciente las experimenta. ¿Qué nos aporta la investigación de las experiencias cercanas a la muerte?

Se están estudiando cada vez más y se van publicando más libros, pero generalmente la iniciativa la llevan personas que están fuera de los circuitos institucionales. Las experiencias cercanas a la muerte son un indicio clarísimo de que nos toca cambiar nuestra percepción de la vida, de la existencia, de la realidad. Te hacen ver que tu vida personal no es una película que se acaba el día de tu muerte física. La película no se acaba, solo se acaba en todo caso un capítulo. Eso cambia completamente la perspectiva de tu vida. Por ejemplo, la motivación de tener ganar dinero y tener poder sobre los demás, no tiene mucho sentido. Hoy tenemos mucha gente que

obtiene poder a base de sembrar oscuridad. Pero es de sentido común que si siembras semillas de luz, recogerás luz, y si siembras semillas de oscuridad recogerás oscuridad. Las experiencias cercanas a la muerte lo cambian todo, porque parte de la angustia que preside el mundo contemporáneo se basa implícitamente en el miedo a la muerte. Y parte de la manipulación que se produjo con la pandemia se basaba en magnificar el miedo a la muerte.

Estas experiencias son una prueba clara de que la conciencia sobrevive, al menos durante unas horas, a la muerte física, sin que haya actividad ninguna en el cerebro o en el corazón. Esto es absolutamente extraordinario, pero eso no se enseña en las escuelas, no se enseña en los institutos y solo se investiga en ámbitos más o menos marginales.

Jordi, para cerrar la entrevista cuestionando lo que se nos manifiesta como real, si la realidad no es materia, y parece que tampoco es energía, ¿cuál crees es el fundamento de la realidad?

Desde la perspectiva última de la no-dualidad, ningún calificativo puede describir el fondo último de la realidad, como tampoco hay adjetivo aplicable a Dios en la teología apofática. Las palabras nos sirven en lo cotidiano, pero aquí solo pueden aplicarse de modo metafórico. Aún así, es importante saber que dos premios Nobel de Física del siglo XX, Schrödinger y Wigner, llegaron, cada uno por su cuenta, a la conclusión de que la física cuántica solo es explicable si el fundamento último de la realidad no es la materia y la energía (como todavía se enseña) sino la conciencia y la percepción. Es algo reconocido por todas las grandes tradiciones sapienciales, en Occidente al menos desde Plotino, y que cada vez más confirma la ciencia contemporánea. Que la conciencia es el fundamento último de la realidad es también la experiencia constatada por todas las personas que han tenido experiencias cercanas a la muerte y han regresado para contárnoslo. ¿Por

qué no queremos escuchar? ¿Por qué seguimos queriendo sustituir lo vivo y espontáneo por lo mecánico y programable, la luz de la conciencia por los espejismos digitales?

Hace más de cien años, Max Weber constató un desvanecimiento de la magia del mundo (*Entzauberung der Welt*). La magia del mundo se ha seguido desvaneciendo, mientras crece la alienación y el mundo avanza hacia el caos. Pero tenemos la posibilidad de redescubrir que la existencia es un prodigio. Tenemos la posibilidad de despertar.